

**MISA CRISMAL
CATEDRAL CASTRENSE
Madrid, 29 de marzo de 2021**

Monseñor Carlos Jesús Montes
Ordinario Castrense,
Reverendos Miembros del Consejo de Gobierno del Arzobispado Castrense,
Reverendos sacerdotes concelebrantes,
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades de las Fuerzas Armadas,
Queridos todos en Cristo:

Os saludo muy fraternamente en nombre del Santo Padre, el Papa Francisco, que tengo el honor de representar en España. Saludo, en particular, a Monseñor Carlos Jesús, Ordinario Castrense, y todos los capellanes de las Fuerzas Armadas. El Santo Padre extiende su bendición a los presentes y a todos los que participan en esta Santa Misa Crismal a través de medios de comunicación, y de modo especial, a los que se unen con nosotros desde las misiones extranjeras de las Fuerzas Armadas de España.

Queridos hermanos,

A punto de inaugurar el Triduo Pascual, el Obispo, congregando a su presbiterio y al pueblo de Dios, realiza con profundo sentido litúrgico y teológico la consagración del Crisma y la bendición del óleo de los catecúmenos y de los enfermos. El tiempo natural de la renovación de los santos óleos en un acto litúrgico es la mañana del Jueves Santo, el mismo día en el que Cristo instituye la sagrada Eucaristía, y con éste Sacramento, el sacramento del Orden sacerdotal, del que participan los obispos y presbíteros. Por esta razón el Papa San Pablo VI, introdujo en esta Misa la renovación de las promesas sacerdotales, tan convenientes, que nos ayudan a fortalecer nuestra fidelidad al ministerio recibido. Por razones pastorales y logísticas, facilitando la presencia en número de los presbíteros, en muchísimos lugares se realiza este acto litúrgico en los días de la Semana Santa antes del Triduo pascual. Es lo que hacemos nosotros ahora en este momento.

Con el acto litúrgico de la bendición del óleo de los catecúmenos, del óleo de los enfermos y la consagración del Crisma, emplazado en torno al Triduo Pascual, la Iglesia recuerda que, de la obra redentora del Misterio Pascual, brotan los sacramentos. Durante la celebración de su bautismo, los nuevos cristianos serán ungidos primero con el óleo de los catecúmenos, para poder ser después ungidos

con el Santo Crisma tras la ablución del agua bautismal. Recibirán la unción con el Crisma por segunda vez en el sacramento de la confirmación. La recibirán también —si fueren llamados a esto—, durante la ordenación, los presbíteros y los obispos. En el sacramento de los enfermos, todos los enfermos recibirán la unción con el óleo de los enfermos (cf. Sant 5, 14).

La celebración de la Misa Crismal, memorial de Cristo, el “*Ungido*”, el Mesías y Eterno Sacerdote, nos transporta a las raíces de nuestra fe. Israel, en la víspera de la liberación de la esclavitud de Egipto, marcó las puertas de las casas con la sangre del cordero (cf. Ex 12, 1-14). Aquí y ahora, el Cordero de Dios está entre nosotros, aquel a quien el mismo Padre ha ungido con poder y con el Espíritu Santo, y ha enviado al mundo (cf. Jn 1, 29; Act 10, 36-38), aquel de quien el profeta Isaías habla: “*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido,*” El en el que “*se ha cumplido esta Escritura*” que acabamos de escuchar en el Evangelio de esta celebración.

Su misión es “*proclamar el año de gracia del Señor*”, es decir, proclamar la salvación que el Ungido nos da por su Pasión, muerte y Resurrección. Ayer, Domingo de Ramos, en la celebración de la entrada triunfante del Señor en Jerusalén, la muchedumbre de los discípulos lo acompañaba festivamente. Se respiraba un clima de alegría, de fiesta, cantos, alabanza, bendición, paz.

Y, sobre todo, el anhelo y la esperanza de la liberación de Jerusalén y del Pueblo de Israel de los ocupantes romanos. Pero Jesús no viene para librarnos de un poder terreno opresor. El no viene a restaurar un reino terreno. El Ungido se anonadó para restaurar al hombre, para devolvernos a nuestra dignidad original de hijos de Dios Padre, mediante su gracia. Cristo el Ungido, con la fuerza de la unción del Espíritu Santo, con la fuerza de la plenitud de la santidad que hay en El, y sólo en El, clamará al Padre “*con gran voz*” (Lc 23, 46), voz de humillación, de anonadamiento, de cruz: “*Señor, fortaleza mía, mi roca, mi ciudadela, mi libertador; mi Dios, mi roca, a quien me acojo; mi escudo, mi fuerza salvadora, mi asilo*” (Sal 17 [18], 2 y s.). Así clamará por sí mismo y por nosotros.

Queridos hermanos en el sacerdocio,

Al tener al Obispo por ministro de la consagración del Crisma y de la bendición de los óleos del catecúmeno y de los enfermos, queda patente que la Misa Crismal, “*manifiesta la plenitud sacerdotal del Obispo y es un signo de la unión estrecha de los presbíteros con él*”. Cristo el Ungido, a través de su abandono en el Padre, a través de la “*obediencia hasta la muerte y muerte de cruz*” (Filp 2,8), nos

ha hecho también *"reyes y sacerdotes"* (Ap 1, 6). El nos ha hecho también "ungidos" por el Espíritu Santo.

Vamos a renovar ahora nuestras promesas sacerdotales. Lo haremos con mucha ilusión y con la más profunda convicción. Desde la experiencia de los años ejerciendo el ministerio sagrado es posible que tengamos sensación de cansancio, pérdida de ilusión, desconfianza. Es necesario no desanimarse, recordar que el Señor, en su oración sacerdotal asegura: *"Por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos se santifiquen en la verdad"* (Jn 17, 19). Por eso hoy sentimos el deseo vivísimo de encontrarnos junto al altar para esta concelebración eucarística y dar gracias por el don particular del sacerdocio ministerial que el Señor nos ha conferido. Conscientes de la grandeza de esta gracia, renovamos las promesas que cada uno de nosotros hizo el día de la propia ordenación. Perseveremos en esta gran comunidad sacerdotal, como siervos del Pueblo de Dios, como discípulos y amantes de aquellos por los que Cristo, hecho obediente al Padre hasta la muerte, ha manifestado venir al mundo *"no para ser servido, sino para servir"* (Mt 20, 28).

A través del Sagrado ministerio, somos, como recordaba el Papa Francisco, los *"ungidos que unguimos al pueblo Santo"*. Hemos sido unguidos para llevar el consuelo, la sanación y la reconciliación que, como bálsamo suave, cure las heridas y las fracturas de nuestra sociedad. A través de la unción, Cristo, médico de almas y de los cuerpos sana los corazones contritos y lleva la liberación a los oprimidos. Pedimos al Señor que nuestra comunión, que resaltamos en esta celebración Eucarística, hoy y siempre, fortalezca a cuantos formamos su Cuerpo místico en la tierra.

Queridos hermanos,

Al celebrar esta Santa Misa Crismal no podemos dejar de recordar a nuestro querido Arzobispo Castrense, don Juan del Río Martín, que tanto les amaba a ustedes y a esta Iglesia particular castrense. Recordémosle en nuestras oraciones.

Así sea.